

LA PLAZA DEL DIAMANTE; MEMORIA DE LO INNOMBRABLE

Resumen

Este artículo intenta enlazar la relación entre mujer, memoria y guerra en la novela de Mercè Rodoreda, La Plaza del Diamante. En el mismo se dilucidan ciertos aspectos de la novela relativos a la dinámica de la memoria, la Historia —específicamente la Historia feminista— y el contexto de la Guerra Civil española en el que se desarrolla la novela. En las páginas que siguen, reflexiono sobre las formas en que se ha construido una Historia feminista —a partir de la validación de las mujeres como sujetos dignos de historia únicamente en cuanto sujetos activos e interventores en el espacio público y social— y cómo la misma Historia feminista ha entendido el pasado: una comprensión del pasado que tiende a obliterar la memoria. En el artículo dilucido cuáles son las nociones de tiempo y de memoria en las que se encuentra inmersa la protagonista de La Plaza del Diamante, Natalia, durante la Guerra Civil —nociones de tiempo y memoria que están íntimamente relacionadas con los objetos que habitan el espacio de Natalia— frente a aquéllas que ha validado la Historia feminista.

Palabras clave: *Mercé Rodoreda, Historia de España, mujeres, memoria individual, Guerra Civil española*

Abstract

The object of this article is an attempt to analyze the relation between women, memory and war in Mercè Rodoreda's novel, La Plaza del Diamante. In this article I elucidate specific aspects of the novel related to the dynamics of memory and History—specifically the Feminist History—and the context of the Spanish Civil War in which the novel is narrated. In the pages that follow, I reflect upon the ways in which the Feminist History has been constructed—from the legitimating of women as subjects worthy of history only as active subjects and interventionists in the public and social space—and how the same Feminist History has understood the past: a comprehension of the past that tends to obliterate memory. In this article I elucidate which are the notions of time and memory in which the protagonist of La Plaza del Diamante, Natalia, is immersed during the Spanish Civil War—notions of time and memory that are strictly related with the things that dwell in her space—in comparison with those that have been validated by the Feminist History.

Keywords: *Mercé Rodoreda, Spanish History, women, memory Spanish Civil War*

HISTORIA DE LAS MUJERES

La Historia se ha constituido como un espacio importante en la lucha por el poder llevada a cabo por diferentes fuerzas sociales. Hacer Historia o apoderarse del discurso histórico ha sido una de las grandes preocupaciones de los grupos dominadores. En este sentido podría decirse que la misma pertenece a los vencedores.¹ El llamado “feminismo de la segunda ola”² no se ha escapado de esta lucha por el poder, por el contrario ha dado su batalla para apoderarse del discurso histórico. En consecuencia, gran parte de su proyecto ha reforzado las mismas formas falogocéntricas³ que criticaba en la medida en que ha concebido a las mujeres únicamente dentro de distintas actividades de dominio. Una de estas formas de dominio es el proyecto de construcción de una Historia de las mujeres, de un sitio de protagonistas y agentes activos en ésta.

Es necesario señalar que dicha Historia de las mujeres emerge al reconocerse que ciertos movimientos feministas —por ejemplo, el movimiento sufragista universal y el movimiento de obreras y mujeres trabajadoras, entre otros—⁴ tuvieron gran importancia y valor en la constitución de una legitimación social para las mujeres, y que a aquéllas que fueron generadoras de la vida sociocultural en diferentes épocas no se les había reconocido ni autenticado en el marco de una Historia general. Por lo tanto, era necesario reivindicar la importancia de las mujeres y cuestionar cuáles eran los procesos que habían llevado a considerar las acciones de los hombres como representativas de la Historia. En este sentido, hacer Historia ha sido también una forma de resistencia de los dominados. Sin embargo, esta historización feminista se alimenta de paradojas. Al ocuparse exclusivamente en destacar a las mujeres en su calidad de agentes activos, excluye a todas las otras mujeres que no se plantearon ni se plantean ser agentes políticos y formar parte de la Historia de las feministas o de una especie de épica de las mujeres.⁵ Al respecto, en “Historia y memoria o la marca y la huella”, Françoise Collin señala que:

¹ Dejo claro que la dinámica entre vencidos y vencedores es muy compleja. Me refiero a esta relación en la medida en que la Historia se ha entendido exclusivamente como el discurso de los historiadores profesionales. A mi entender, la construcción de este discurso es un acto de poder.

² Con este término me refiero al feminismo que surge a partir de los años sesenta y que impulsó la idea de la incorporación activa de las mujeres en la política y en la vida pública como única forma de liberación.

³ Término tomado de las teorías de Jacques Derrida sobre el falo y el logos propuestas durante los años 1964 al 1967. Falogocentrismo se refiere a la creación del logos paterno; de la palabra paterna, es decir, de un discurso que lleva nombres propios como: ley, voz, verdad.

⁴ Piénsese en todos los llamados Movimientos de Liberación de la mujer que acompañaron a una revolución que franqueó el paso de las mujeres en el ámbito del poder, históricamente masculino.

⁵ La historia feminista no escapa a la influencia de la filosofía hegeliana porque plantea una unidad y racionalidad en su desarrollo hasta alcanzar un absoluto: identificarse exclusivamente con una dimensión del producir y de la acción.

La historia de las mujeres no es la historia de las feministas —de las que han luchado por la transformación de la historia de las mujeres—, ni siquiera de las que, más en general, han llevado a cabo un cambio. Esa historia supone una distinción cuyo criterio es cuestionable, entre las muertas de la fosa común y las del mausoleo. Al pretender constituirnos de este modo una genealogía, nos arriesgamos a perder el ramaje del árbol (donde cantaron los pájaros) para retener sólo las ramas.⁶

Asimismo, Joan Scott, en su artículo “Historia de las mujeres” traza una genealogía del movimiento feminista desde los años 60 y explica la relación del mismo con la política. Esta última entendida, primero, como prácticas reproductoras de aquello que se identifica como ideología y, segundo, relacionada con sistemas de creencias que determinan identidades colectivas y forman relaciones entre los sujetos y la sociedad que se consideran naturales, normativas y evidentes de por sí. De ahí que la construcción de una Historia de las mujeres sea siempre la construcción de una Historia de la política; porque permanecerá siempre tributaria de una problemática del poder.

Ante el estatuto que el feminismo ha concedido a las mujeres como sujetos dignos de la Historia, pero de una Historia como terreno ya definible: La Historia de agentes activos, es necesario tomar en cuenta la memoria, sobre todo la memoria individual. Primero porque la memoria individual, al exceder a la Historia, no se representa de la misma forma que esta última. Segundo, porque el tiempo no es sólo la Historia. Habría que tomar en cuenta la pérdida, el envejecimiento, la muerte; otra noción de tiempo. Es decir, aquello que se disemina y que no se puede acumular en forma alguna. Habría que dirigir la mirada hacia el resquicio por donde el proyecto de una Historia feminista empieza a perder su seguridad. Es necesario puntualizar que no se trata de apoyar el silenciamiento, sino de arrojar una mirada hacia aquello que no ha sido reflexionado en el proyecto de construcción de una Historia de las mujeres.

En este ensayo exploro cómo la protagonista de *La Plaza del Diamante*, Natalia, es una de las múltiples representaciones de mujeres que viven eventos históricos violentos sin necesariamente tomar un papel activo o de agente político en ellos porque están destinadas al ejercicio de la vida: “Se fue [Quimet] al frente de Aragón y yo seguí viviendo como siempre. Si me ponía a pensar me veía rodeada de pozos y a punto de caerme en cualquiera de ellos” (143). En la novela de Mercè Rodoreda, que se desarrolla en el contexto de la Guerra Civil española, encontramos la voz de una mujer que sufre de reminiscencias; que rememora en el tardofranquismo lo que le sucedió en la juventud. Pero lo vivido aparece en la novela en función de la memoria individual y no de la Historia; porque esta última es posible cuando no necesitamos la memoria.

⁶ Françoise Collin, “Historia y memoria o la marca y la huella” en *El género de la memoria*, ed. Josefina Birulés, Barcelona, Pamiela, 1995; p.166-67.

Propongo que las páginas de *La Plaza del Diamante* llevan al lector a plantearse una serie de preguntas importantes con las que se puede iniciar la reflexión de las diferencias entre Historia y memoria: aun en el contexto de una guerra, ¿es todo político? Es decir, ¿son todos los espacios afectados por la guerra tributarios del poder? ¿Es todo lo que se refiere a la guerra público? En este sentido, es importante hacer una distinción entre Historia y memoria individual.

HISTORIA Y MEMORIA INDIVIDUAL

La Historia, entendida como un ejercicio disciplinario, es una representación intelectual y secular que, en su voluntad de fidelidad y verdad, pretende ser un reflejo transparente del pasado.⁷ Por ello, el proyecto de historizar es un proceso autoconsciente. La Historia reivindica una autoridad universal en la medida en que pertenece a todos y a nadie. La misma está vinculada con la acción y por lo tanto con lo público. La memoria individual, sin embargo, no es un reflejo transparente del pasado porque es algo vivo que permanece en constante evolución. En palabras de Pierre Nora, la memoria: “[is] open to the dialectic of remembering and forgetting, unconscious of its successive deformations”.⁸ Es decir, que la memoria individual es vida porque está siempre abierta a la dialéctica del recuerdo y del olvido. De ahí que esté vinculada con lo privado. La memoria individual se ancla en la concreción de los espacios, de las imágenes y de los objetos; en aquello que Nora ha llamado *lieux de mémoire*: “[where] memory crystallizes and secretes itself” (7). La Historia es una reconstrucción del pasado a partir de documentos, por ello nunca estará abierta a una dialéctica del recuerdo y del olvido. Mientras la Historia es una representación intelectual y organizada del pasado, la memoria individual es una recolección mnemotécnica arbitraria que está atada a un eterno presente. La memoria individual narra de otra manera los acontecimientos que constituyen la identidad de los sujetos. Ese contar de otra manera los acontecimientos fundadores de nuestra identidad es parte de lo que Josefina Birulés, en “La crítica de lo que hay: entre memoria y olvido”, entiende por una *política de la memoria*:

Cabe también entender la política de la memoria, como lugar de la crítica, en los términos en que la proponía hace algunos años Jacques Derrida: la memoria tiene que

⁷ Quisiera señalar que cuando hablo de Historia me refiero específicamente a ésta en el sentido positivista del término, es decir, la Historia o el discurso histórico como disciplina que pretende reflejar (mediante el uso de documentos) de manera transparente y monumental el pasado. Un contraste a este sentido positivista del término sería lo que se ha llamado microhistoria o historia de lo cotidiano que estaría más cerca de una narración diferente, más íntima, o menos monumental, del pasado. Sobre este argumento se pueden consultar los trabajos de Peter Burke en *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza, 1999; pp. 13-14; Pedro Ruiz Torres en “Los discursos del método histórico”. *Ayer*, núm.12, (1993), 57. y E.H. Carr en *¿Qué es la historia?* Barcelona, Ariel, 1995; pp. 49-76.

⁸ Pierre Nora, “Between Memory and History”. *Representations* 26, (1989), 8.

ver con lo que «echamos en falta en nuestro presente», tiene que ver con la pérdida, con la ausencia de los que «ya no son».⁹

Si la memoria se relaciona con lo que ya no está en el presente, el ser humano recuerda para hacer suyo lo que se ha perdido, para poseer la cosa deseada. En este sentido la memoria es deseo satisfecho. El pasado que recompone la Historia, sin embargo, no es aquél que intenta recomponer la memoria, un pasado de cuya pérdida nos lamentamos. Para la protagonista de *La Plaza del Diamante*, el tiempo no es sólo la Historia:

Todavía me acuerdo de aquel aire fresco, un aire, cada vez que me acuerdo, que no lo he podido sentir nunca más. Mezclado con olor de hoja tierna y con olor de capullo, un aire que se marchó y todos los que después vinieron no fueron como el aire aquel de aquel día que hizo un corte en mi vida. (78)

Natalia ya no sentirá el aire que huele a capullo y a hoja tierna porque el tiempo es disolución de las cosas, irreversibilidad. Aquel día haría “un corte en su vida” para siempre, porque Natalia después de la guerra ya no será la misma. La cotidianeidad de Natalia se va desmembrando, ése es el tributo que debe pagarse al tiempo.

La memoria individual tiene que ver con aquello que no se puede sistematizar. Es cierto que aun la memoria también tiene una historia y que existe, por ejemplo, toda una labor historiográfica de la nostalgia, como también es posible hacer un recuento de cómo se entienden y cambian las nociones de memoria y nostalgia en el tiempo. Así lo hace Frances Yates en *The Art of Memory*,¹⁰ en el cual lleva a cabo una historización de la memoria desde la Edad Media hasta el Renacimiento o, más recientemente, Richard Terdiman en *Present Past; Modernity and the Memory Crisis*, en el cual analiza el problema de la crisis de la memoria en la modernidad. Para Terdiman esta crisis de la memoria consiste en un cierto agotamiento de la relación entre memoria y consciencia: “[a] sense that [the] past had somehow evaded memory, that recollection has ceased to integrate with consciousness. In this memory crisis the very coherence of time and subjectivity seemed disarticulated”.¹¹ Sin embargo, no es menos cierto que el contenido de la memoria individual, ésa que llama al reconocimiento de los recuerdos de la vida privada (la muerte, la pérdida, las pasiones, los deseos, el tiempo) no se puede sistematizar; es imposible hacer un inventario de los problemas éticos que afectan al ser humano. La memoria individual, sin embargo, se puede narrar, pero dicha narración no adquiere la forma de una sistematización. El relato de la memoria individual, más bien, es un relato

⁹ Josefina Birulés, “La crítica de lo que hay: entre memoria y olvido” en *Hacia dónde va el pasado*, Ed. Manuel Cruz, Barcelona, Paidós, 2000; p. 147.

¹⁰ Frances A Yates, *The Art of Memory*, Chicago, University of Chicago Press, 1966.

¹¹ Richard Terdiman, *Present Past; Modernity and the Memory Crisis*, Ithaca, Cornell UP, 1993; p. 4.

fragmentado en el que la vida se mezcla con el lenguaje. En este sentido Joan Ramon Resina señala, en "The Link in Consciousness: Time and Community in Rodoreda's *La Plaça del Diamant*" que:

[Rodoreda] finds it necessary to call attention to the fact that language and life are not polarities, and that fiction may, after all, be the means by which life can rise to consciousness. The result is, however, that the subject appears as a space invaded by the world.¹²

Es necesario insistir entonces en que hay otros lugares de memoria diferentes de la Historia. Seguramente es la literatura la que mejor puede dar cuenta de ello.

OTROS LUGARES DE MEMORIA

Frente a una Historia de las mujeres, es necesario hablar de una historia de las vidas. Ante la Historia de lo que se nombra es necesario situar la memoria de lo innombrable: el dolor, la muerte, la desolación, el deseo. Sería hablar de lo privado en relación con la memoria ya que en este espacio se llevan a cabo prácticas relacionadas con procesos vitales, con aquello que Hannah Arendt denomina el orden de las necesidades en contraposición con el orden de la acción.¹³ En *La Plaza del Diamante* encontramos a una mujer que se encuentra, por un lado, en el intento constante de satisfacer unas necesidades vitales, desde el comer hasta el amor:

Y aquel día, para cenar, comimos entre los tres una sardina y un tomate florido. Y si hubiésemos tenido gato no habría podido encontrar las espinas. Y dormimos juntos yo en medio y un niño a cada lado. Si teníamos que morir, moriríamos así. (173)

Y, por otro lado, en el continuo aprender a vivir con la pérdida y la muerte. La forma en que habla Natalia, utilizando insistentemente el polisíndeton, demuestra su continuo aprender a vivir; el movimiento de la vida cotidiana. En la cotidianeidad de Natalia no sólo cenar y dormir ocupan el espacio de lo familiar; también la muerte ha reservado ya, su lugar en el mismo. Si, en la vida diaria, el ser humano se acostumbra a cenar y a dormir; en la vida diaria en la guerra aprenderá a esperar morir. Natalia vive teniendo en cuenta la posibilidad de morir. De ahí que el continuo aprender a vivir de la protagonista la vaya haciendo una mujer de corcho: "[el] corcho chirriaba y costaba de cortar porque no era ni duro ni blando. Y por fin entendí lo que querían decir cuando decían que una persona era de corcho...porque yo era de corcho. No porque

¹² Joan Ramon Resina, "The Link in Consciousness: Time and Community in Rodoreda's *La plaça del diamant*", *Catalan Review: International Journal of Catalan Culture* 2, 1987; p. 237.

¹³ Ver, Hannah Arendt, "The Concept of History: Ancient and Modern" en *Between Past and Future*. New York, The Viking Press, 1976; pp. 41-90.

fuese de corcho sino porque me hice de corcho y el corazón de nieve. Tuve que hacerme de corcho para seguir adelante” (171). La vida cotidiana convirtió paulatinamente a Natalia en una mujer dura como el corcho y fría como la nieve, es decir tenaz e impasible para poder resistir los estragos de la guerra.

La relación entre vida y memoria se manifiesta en el vínculo que tiene Natalia con los objetos. Ella cuenta, desde el inicio de la novela, que habitaba en un espacio ausente de palabras: “En casa vivíamos sin palabras y las cosas que yo llevaba por dentro me daban miedo porque no sabía si eran mías...” (23). Los objetos son los que van a habitar de palabras el espacio de Natalia; ella buscará en los objetos su propio lenguaje. A través del lenguaje que los objetos le descubren, Natalia logra hacer suyas aquellas cosas que llevaba dentro y que no sabía si le pertenecían. Por ello, cada objeto es el lugar donde su memoria se materializa; cada uno lleva consigo el recuerdo de lo que fue su vida:

Cuando me metía a la cama tocaba la columna que había roto cuando nació el Antoni [...] y tocaba las flores de ganchillo de la colcha, y tocando la columna y las flores me parecía, en la oscuridad, que todo era lo mismo que antes, que al día siguiente me levantaría para preparar el almuerzo de Quimet [...] Y si iba más lejos pensaba en el tiempo en que vendía pasteles, en aquella tienda llena de cristales y de espejos, tan perfumada, y que tenía un vestido blanco para ponerme y que podía pasear por las calles. (147)

Su memoria toma forma en los objetos. Los objetos que materializan la memoria de Natalia (cama de pilares, las flores de la colcha, los espejos y el vestido blanco) evocan el espacio privado, una relación íntima del ser humano con ellos; son objetos que evocan la especificidad y particularidad de los recuerdos de Natalia. Estos objetos se convierten en lugares de memoria mediante un proceso íntimo que tiene que ver con el tiempo. Los mismos la transportan al pasado, al tiempo en que vendía pasteles y que paseaba por las calles vestida de blanco, cuando conoció a Quimet. Asimismo, el tiempo que testimonian los objetos tiene que ver con lo que ha cambiado en la vida de Natalia: con la constante pérdida y el deseo de ella de que esto no sea cierto, de que todo siga igual. Los objetos que ocupan el espacio de Natalia están hechos de tiempo. Los mismos han sido usados, están desgastados, se han roto, como la cama de pilares en la que nació Antoni. Los mismos, al estar hechos de tiempo, son vida y contienen la vida, razón por la cual Natalia se aferra a ellos.

La constante descripción de los objetos, podría caracterizar a Natalia como una mujer inocente, que no logra ocupar el espacio del logos.¹⁴ Sin embargo,

¹⁴ Sobre la ausencia del logos en Natalia, Neus Carbonell afirma que: “In the novel dominion over the language is associated with power: loquacious characters dominate and exploit the protagonist [...] By contrast, Rodoreda uses absence [...] the absence of the narrator in the story, and as a consequence, the absence of the logos”. Neus Carbonell, “In the name of the Mother and the Daughter: The Discourse of Love and Sorrow in Mercè Rodoreda’s *La plaça del diamant*”. *The Garden across the Border*. Kathleen McNerney y Nancy Vosburg Ed. Selinsgrove: Susquehanna UP, 1994; p. 27.

Natalia tiene pleno dominio del lenguaje pues ¿quién sabe mejor que ella cuáles son los nombres de las cosas? Natalia inventa un mundo propio a través de un lenguaje que es a su vez solamente suyo; el lenguaje que cada objeto le descubre. Joan Ramon Resina ha señalado claramente la relación de intercambio de significado que existe entre Natalia y los objetos: "She relates to things, humanizes them and is in turn given meaning by them".¹⁵ En los objetos toman corporeidad su soledad hambrienta de palabras y el reconocimiento de que no había certezas para recuperar todo aquello que, cuando comenzó la guerra, quedó suspenso o perdido en su vida. Lenguaje y voz son los significados que los objetos le otorgan a Natalia. Entre ella y los objetos existe, además, una relación de identificación. Es una relación que podría llamarse metonímica porque a través de cada objeto ella describe su estado emocional. Es decir que se lleva a cabo un proceso de identificación entre los objetos y las palabras:

Por la noche, si me despertaba, me sentía por dentro como una casa cuando vienen los hombres de la mudanza y lo sacan todo de su sitio. Así estaba yo por dentro: con los armarios en el recibidor, y las sillas patas arriba y las tazas por el suelo a punto de envolverse en papel y de meterlas en una caja con paja y el somier y la cama desarmados contra la pared y todo manga por hombro. (172)

Los atributos de cada uno de estos objetos expresan el desconsuelo de Natalia. La casa, cuando han sacado todo de su sitio, expresa el vacío de Natalia. Las tazas por el suelo materializan su inseguridad y su impotencia es la misma del somier y la cama desarmados contra la pared. Los objetos relatan la descomposición de la cotidianidad de Natalia porque los mismos están llenos de valor humano.

La causa principal del sufrimiento de Natalia es la guerra, la capacidad de ésta para llevarse con ella todo, inclusive la vida. En este sentido Natalia y su esposo, Quimet, comparten el mismo sufrimiento aunque Quimet esté sumergido en una visión idealista de la proclamación de la Segunda República. En repetidas ocasiones la crítica literaria ha sugerido que *La Plaza del Diamante* plantea una guerra de los sexos.¹⁶ Sin embargo, si bien es cierto que Quimet,

¹⁵ *Ibíd.*, p. 235.

¹⁶ Al respecto, Ellen Mayock afirma que *La Plaza del Diamante* presenta a un personaje femenino que sobrevive los traumas causados por el esposo. Ellen Mayock, "Black and Blue: Silence and Voice in Mercè Rodoreda's *La Plaça del Diamant*". *Monographic Review* 16, (2000), 120-34. Similar es la lectura de Josep Anton-Fernández cuando insiste en que: "Natalia's private war (a war of the sexes, a war against reproduction that takes place outside of the history) is a prelude of the Civil War". Josep Anton Fernández, "The Angel of History and the Truth of Love in *La plaça del diamant*". *Modern Language Review* 94 (1999); p. 107. La misma idea es compartida por Neus Carbonell al afirmar que el sufrimiento de Natalia no tiene que ver con cambios políticos o sociales específicos: "[her]suffering is not caused by specific political or social changes; these changes belong to the world of men in which she, as a woman, cannot interfere or modify. Her suffering is the outcome of the enmity between Eve and the snake, a result of a patriarchal system". Neus Carbonell, *op. cit.*; p. 18.

esposo de Natalia (quien le cambiará el nombre por Colometa), es de carácter particularmente dominante y muchas veces abusivo; ello no significa que sea el causante del más grave malestar de Natalia, la guerra. Mal, sufrido tanto por los hombres como por las mujeres de la novela. Un ejemplo de una relación positiva y de solidaridad entre hombre y mujer es la amistad de Natalia y Mateu porque ambos comparten la misma condición de errancia a la cual la guerra los ha llevado. Asimismo, los estragos de la Guerra Civil española no afectaron sólo al mundo de los hombres. Es cierto que fueron los hombres quienes mayormente participaron política y militarmente en la Guerra Civil española, no obstante, ello no significa que la misma no haya involucrado a las mujeres. ¿Era necesario participar activamente en la guerra para ser afectado por ella?¹⁷

Queda claro en la novela que Natalia no está comprometida activamente en la guerra ni existe en el espacio público determinado por la Guerra Civil. No obstante la veo como una mujer que incide en el mundo a través de su esfuerzo por entender lo que está sucediendo en su vida y en la de todos aquéllos que sufren la guerra. Pero esta búsqueda no se traduce en acción ni mucho menos en heroísmo sino en el ejercicio de la vida. Recordemos el epígrafe de Meredith con el que Rodoreda inicia la novela: "My dear, these things are life". Estas cosas relatadas en *La Plaza del Diamante* son precisamente la vida en la guerra. El epígrafe puede interpretarse, además, en el sentido del valor humano que Natalia otorga a los objetos y como una reflexión sobre el paso del tiempo. Para ella la guerra fue amar, perder, gastarse, morir; esto es lo que constituye su memoria de la guerra. Por ello, al finalizar la guerra Natalia es como el caracol que encuentra entre dos floreros de cristal en la casa de Antoni; un "caracol que había podido meterse todos los llantos del mar dentro" y que era "más que una persona" (197).

La memoria de la guerra para Natalia es como un drenaje de las heridas en el tiempo. Esto nos enseña uno de los más bellos pasajes de la novela, donde se narra un juego de sombras entre el cuerpo de Natalia y el de su hija Rita:

... la sombra de la cabeza de Rita me subía un poco por encima de los pies, [...] pesaban más el sol y la Rita fuera que la sombra y yo adentro. Y sentí intensamente el paso del tiempo. No el tiempo de las nubes y del sol y de la lluvia [...] sino el tiempo dentro de mí, el tiempo que no se ve y nos va amasando. El que rueda y rueda dentro del corazón y le hace rodar con él y nos va cambiando por dentro y por fuera y poco a poco nos va haciendo tal y como seremos el último día. (234)

Natalia siente intensamente el fluir de tiempo, pero éste es un tiempo interno

¹⁷ Una respuesta afirmativa a esta interrogante sería lo que señala Josep Anton-Fernández: "It is important to bear in mind the existence of these reactions to the war [la reacción activa de Quimet, la afectiva de Julieta, la utópica de Cintet y la heroica de Mateu] because Natalia, although perfectly aware of these possible attitudes to history and politics, has an essentially *passive* response to them, in the most religious sense, that of the Passion". Josep Anton-Fernández, *op. cit.*; p. 107.

que tiene que ver con la vida íntima de los seres humanos, con lo que pasa y se transforma. De ahí que, a través de este drenaje de las heridas en el tiempo, lo que quede sean los vestigios de la memoria. Natalia habla de un tiempo que, paradójicamente, permanece; con el que se rueda y se cambia hasta el momento de la muerte, el último día.

Al final de la novela el tiempo lo ha transformado todo y coloca a Natalia frente a aquello que ya se ha consumado:

... veía las cosas nubladas, pero no muertas: como si les hubiera caído encima nubes y nubes de polvo [...]. Pasó un tranvía [...]. Me vino el mareo y cerré los ojos y el viento que hizo el tranvía me ayudó a seguir adelante como si me escapase de la vida. (248-49)

Natalia mira hacia el pasado, tal vez en un deseo de recuperar lo que se ha destruido o perdido. Ve las cosas enterradas en nubes de polvo, mas no muertas porque sólo donde hay sepulcros hay resurrecciones. De ahí que el viento del tranvía haya pegado fuerte en el rostro de Natalia; un viento que inevitablemente la conduce hacia el futuro, hacia adelante. Como si se “escapase de la vida”.

Por un acto violento de escritura y borradura, Natalia dejará de ser Colometa para siempre. Ese nombre queda grabado en el espacio abandonado de su ayer:

Me puse a andar por mi vida antigua hasta que llegué enfrente de la pared de la casa [...]. Miré hacia arriba. Y vi al Quimet que, en medio de un campo, cerca del mar me daba una florecita azul y después se reía de mí. [...] Y me volví a girar de cara a la puerta y con la punta del cuchillo y con letras de periódico escribí Colometa bien hondo y, como sin saber lo que hacía me puse a andar [...] y me metí en la Plaza del Diamante [...] di un grito de infierno. Un grito que debía hacer muchos años que llevaba dentro y con aquel grito me salió de la boca una pizca de cosa de nada como un escarabajo de saliva...y aquella pizca de cosa de nada que había vivido tanto tiempo encerrada dentro, era mi juventud que se escapaba con un grito que no sabía bien lo que era... ¿abandono? [...] crucé corriendo y me volví otra vez para saber si me seguía aquella pizca de cosa de nada que me había hecho volverme tan loca. Y andaba sola. (250-51)

Allí deja esa “pizca de cosa de nada”, el grito con el cual sale el dolor acumulado, lo que estuvo por tanto tiempo reprimido. Un grito que testimonia la ausencia de lo que ya no es y la presencia de lo que será, como en un drama de muerte y resurrección. Al final de la novela asistimos a otro lugar de memoria, el olvido. El olvido es un lugar de memoria porque en un movimiento simultáneo la vida se teje recordando y se deshace olvidando. La memoria es el cruce de fuerzas entre recuerdo y olvido. El retorno parece imposible no sólo porque no hay casa a la que volver, sino también porque Natalia siempre estuvo en la condición de errante; esta era la condición de su existencia. Natalia mira hacia atrás, hacia el pasado, no para buscar el origen de lo acontecido y resucitar algo

muerto, sino para estar segura de que el pasado ya no la sigue: “y me volví otra vez para saber si me seguía aquella pizca de cosa de nada [...] Y andaba sola”. En las palabras de Natalia el discurso del olvido no se traduce en privación del ser, en falta o carencia. Este olvido no implica vilipendiar la memoria o ignorar el pasado; sino una posibilidad de sanar ante el recuerdo acumulado.

Natalia seguirá manteniendo una relación afectiva con su pasado, pero al mismo tiempo le negará a éste ser la autorización para inventar su presente. A partir de su reconciliación con la pérdida, Natalia inventará otra relación más fecunda con el presente. Esta reconciliación se expresa a través de un gesto simbólico, la unión física con Antoni:

Enrosqué las piernas con sus piernas [...] Le pegué la cara a la espalda y era como si sintiese vivir todo lo que tenía dentro, [...] le pasaba la mano por el vientre, me encontré con el ombligo y le metí el dedo dentro para taparlo, para que no se me vaciase todo él por allí [...] para que ninguna bruja mala me lo sorbiese por el ombligo y me dejase sin el Antoni... (254)

El amor, en el caso de Antoni y Natalia, como compasión mutua entre seres que sufren, se duelen y se protegen a escondidas para que ninguna bruja mala (que podría ser el franquismo) deje al uno sin el otro, será la semilla que iniciará su invención del presente. Un presente que se seguirá engranando en el ejercicio de la vida. En las últimas páginas de la novela, Natalia narra su deseo de ir, como siempre, a caminar por el parque, con la seguridad de encontrar charcos de agua en sus senderos porque “dentro de cada charco, por pequeño que fuese, estaría el cielo... (254).

En *La Plaza del Diamante*, Mercè Rodoreda recoge el transcurso de la vida de Natalia durante la guerra a través de los espacios del recuerdo: la Plaza del Diamante, la tienda de pasteles; a través de los recintos más diminutos e íntimos de la vida de la protagonista: la casa, los objetos, el tiempo, la muerte. La memoria individual es la que crea a Natalia como sujeto. Su identidad no se funda en una búsqueda del poder, sino en una búsqueda del gesto y la palabra. Natalia no es el ejemplo de un agente activo en la Historia. Entre ella y las mujeres dignas de recordar en una Historia feminista hay una distinción muy clara: parafraseando las palabras de Collin, Natalia sería la muerta de la fosa común, ellas las muertas del mausoleo. Una Historia de las mujeres que valida a éstas únicamente como agentes activos sólo puede poner de manifiesto la debilidad de su comprensión sobre el pasado. Esta Historia corre el riesgo de obliterar la memoria. Frente a la Historia de lo que se nombra, la vida de Natalia es clamor silencioso, es memoria de lo innombrable.

Jennifer Duprey
Universidad de Cornell

OBRAS CITADAS

- Birulés, Fina. "La crítica de lo que hay: entre memoria y olvido" en *Hacia dónde va el pasado*. Ed. Manuel Cruz. Barcelona: Paidós, 2002:141-49.
- Carbonell, Neus. "In the Name of the Mother and the Daughter: The Discourse of Love and Sorrow in Mercè Rodoreda's *La plaça del diamant*". *The Garden across the Border*. Kathleen McNerney y Nancy Vosburg Ed. Selinsgrove: Susquehanna UP, 1994:17-30.
- Collin, Françoise. "Historia y memoria o la marca y la huella" en *El género de la memoria*. Ed. Fina Birulés. Barcelona: Pamiela, 1995:155-70.
- Fernández, Josep Anton. "The Angel of History and the Truth of Love in *La plaça del diamant*". *Modern Language Review* 94 (1999): 103-09.
- Mayock, Ellen. "Black and Blue: Silence and Voice in Mercè Rodoreda's *La plaça del diamant*". *Monographic Review* 16 (2000): 120-34.
- Nora, Pierre. "Between Memory and History". *Representations* 26 (1989): 7-25.
- Resina, Joan Ramon. "The Link in Consciousness: Time and Community in Rodoreda's *La plaça del diamant*". *Catalan Review: International Journal of Catalan Culture* 2 (1987): 225-46.
- Rodoreda, Mercè. *La plaza del diamante*. Trad. Enrique Sordo. Barcelona: Edhasa, 2002.
- Scout, Joan. "Historia de las mujeres" en *Formas de hacer historia*. Ed. Peter Burke. Madrid: Alianza, 1996: 59-88.
- Terdiman, Richard. *Present Past; Modernity and the Memory Crisis*. Ithaca: Cornell UP, 1993:3-33.
- Yates, Frances A. *The Art of Memory*. Chicago: University of Chicago Press, 1966.